

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 190

Valencia, 10 de Agosto de 1937

María Carbonell, 2

## El Palacio de los Borbones

No sé cómo ha surgido, sin que nadie la invitara, esta imagen en mi memoria. Distráidamente, como quien dice, con el rabillo del ojo, contemplaba yo la otra tarde cómo envolvía en esplendor el oro del ocaso la Torre de Santa Catalina —la de la rueda picuda y la palma virginal. Consideraba vagamente que esta torre era, entre las barrocas, una de las más airoas de España; y no sé por qué —nunca se sabe bien por qué se asocian ciertas imágenes— la veía como una bailarina que se arrancara por bulerías y rematara su maravilloso tejer de quiebrós, carreras y firuletes, disparando hacia lo alto, bravamente, su torso, y parándolo, de golpe, en actitud estatuaría, propia de un altivo David renacentista.

Pues bien; nada de esto —de estas imágenes puramente artísticas— tiene que ver, con el «Gran Palacio de los Borbones», y, sin embargo, éste suplantó con gesto imperativo en la pantalla de mi memoria la realidad que estaba allí presente, ante mis ojos, en piedra, como de ascua de oro, y revestida de formas ascendentes y ondulantes, como de serpiente que se encarama sobre sí misma al oír el son de la flauta del encantador, su dueño... Y es que la guerra —así al menos interpreto yo esta ilógica mutación— la ardiente túnica de Neso que nos ciñe y empapa en su ponzoña, está imnimente en toda nuestra vida y ser, sintiéndose, en consecuencia, nuestro espíritu y nuestra carne totalmente poseídos y anegados en tan mágico y oscuro poder; y ello en forma tal, y con tal fuerza, que cualquier distracción, solaz o respiro que se tomen, como descanso y liberación transitoria de su imperio, pronto quiebra y desaparece, como si fuera fuego fatuo o centella de pedernal, tornando las imágenes bélicas a hacer acto de posesión y señorío de nosotros mismos.

Pero, tal vez se nos pregunte: ¿Qué imagen de condición o substancia guerrera puede ser el Palacio de los Borbones, y qué palacio ese ese? Lo

que nosotros llamamos el gran Palacio de los Borbones, es, claro está, lo que desde la proclamación de la República se llama, en Madrid, «Palacio Nacional». Y su orgullosa y argentina mole, en la que volcaron los primeros Borbones españoles el concepto que tenían del arte y de la realeza, y los últimos, su mal gusto e irrestante chabacanería, desde noviembre del año 36 se ha convertido, por razón de su emplazamiento en el perímetro de Madrid, en frente de guerra. Es, pues, desde entonces, y mal que nos pese, una poderosa y elocuente imagen bélica, cargada de sentido simbólico, dentro de la tragedia de España. Su fábrica solemne y elegante, maculada y ofendida por copia considerable de impactos de obuses, puede tomarse, sin jugar excesivamente a lo conceptuoso y retorcido, como símbolo del tremendo desgarrón que sufre la conciencia hispana —desgarrón que, si bien se mira en su raíz histórica, tiene su primer inicio o barrunto a mediados del siglo XVIII, con la entrada en España, primero, con más o menos libertad, y luego, de tapadillo y matute, del enciclopedismo francés. Se fué más tarde ensanchando esta primitiva fisura, de guerra en guerra —desde la de la Independencia, a la segunda civil, la de Carlos Chapa, y de ésta a la que estamos haciendo nosotros, que es en realidad continuación de las otras, con las naturales variantes que impone el correr de un siglo largo y la creciente complejidad de la vida económica y social. Parecía que durante los últimos cincuenta años, que han sido años de trabajo constructor, se habían purgado y libertado los españoles de su vieja y horrenda manía fratrídica, de la negra maldición caínista que venían sufriendo desde hacía más de un siglo; y, cuando el país se estaba haciendo la ilusión del alzarse a términos de mayor prosperidad y de vida de alta frecuencia y tensión, hizo explosión el purulento

(Continúa en la página siguiente)

## LA PER-

secución hitle-  
riana se ensa-  
ña cada vez más con  
la Iglesia

Detención de socialistas y católicos en Alemania. -- Otras personas son amenazadas para que no revelen lo que habían visto

BERLIN. — La policía secreta se ha personado en fuertes grupos, en un suburbio de esta ciudad, a las doce de la noche, procediendo al registro de las casas, y deteniendo a cincuenta personas que han sido conducidas en camiones a las comisarias, donde han sido encarceladas.

Las pocas personas que presenciaron estos hechos, fueron amenazadas, advirtiéndoles que serían detenidas si revelaban lo que habían visto.

Entre los que sufren arresto, figuran tres directivos de los disueltos sindicatos socialistas, acusados de haberse reunido con sus colegas para acordar los medios necesarios, a fin de ponerse en contacto con sus compañeros de lucha. La policía tenía se aprovechase para fines revolucionarios, el descontento que se observa actualmente en Alemania a causa de la escasez de artículos alimenticios, salarios exigüos y exceso de horas de trabajo.

La Gestapo hizo su aparición en Aquisgrán, visitando un centro católico, del que requisó todos los libros, cartas y documentos que se encontraban allí. Precisamente hace unas semanas, celebró en Aquisgrán un Congreso católico, por lo que se supone que el objeto del registro fué tomar nota de los nombres, de los que en él tomaron parte.

Cómo hacen sus campañas contra la República española los periódicos reaccionarios extranjeros

## El palacio de Alba, en Madrid, fué destruido por los aviones alemanes al servicio de Franco

El diario «Morning Post», que realiza siempre que puede campañas tendenciosas y tergiversa los hechos para favorecer a los facciosos españoles, hacia los que muestra simpatías, publicó recientemente un editorial diciendo que el palacio de Alba, en Madrid, había sido incendiado por los hombres al servicio del Gobierno que lo ocupaban.

A este infundio han contestado el Embajador de España en Londres y la Duquesa de Atholl, con las siguientes cartas, enviadas al director del periódico antes mencionado:

CARTA DEL SEÑOR EMBAJADOR

«En su editorial de hoy (26 de julio) se dice que el Palacio del Duque de Alba en Madrid fué incendiado por los hombres que estaban al servicio del Gobierno español. Lo que ocurrió fué que el palacio sufrió un intenso bombardeo de los aparatos rebeldes que, intencionalmente o no —hay cuatro cuarteles en aquel distrito— dejaron caer sobre el edificio bombas incendiarias y explosivas. Su pretensión, por lo tanto, carece por completo de fundamento, como lo demuestra con toda evidencia el testimonio de muchas personas que han visto el palacio después del bombardeo. Es fácil, aun para los más inexpertos en la materia, demostrar que los daños son resultado de la aviación y no de un incendio.

El Gobierno español está dispuesto a someter el asunto al dictamen de peritos técnicos a quienes se concederán toda clase de facilidades para visitar el edificio.

A consecuencia de otras afirmaciones menos dolorosas que las formuladas en su editorial, tuve el gusto de invitar a Sir Frederick Kenyon y a otras personas de su autoridad e integridad, a ver por sí mismos, sobre el propio terreno, cómo ha organizado el Gobierno la protección de los tesoros artísticos. Una visita de esta clase no tendría límites ni condiciones y, por supuesto, el palacio del Duque de Alba sería uno de los lugares que el Gobierno enseñaría, como es su costumbre, a los visitantes en cuestión. —P. Azcárate, Embajador de España.

CARTA DE LA DUQUESA DE ATHOLL

«Permítame que corrija la afirmación de su editorial, según la cual la casa del Duque de Alba en Madrid fué destruida por las fuerzas

(Continúa en la página siguiente)

## El bluff de Hitler es descubierto

Cuando el otro día nos encontramos frente a frente en un camino del Pabellón holandés de la Exposición de París, fué un choque para ambos. El, un magnate de la industria de Berlín, conocido en los medios liberales alemanes, amigo de Gustavo Stresemann, y en distintas ocasiones en estos últimos doce años, miembro de delegaciones alemanas en conferencias internacionales a las que asistíamos, él en calidad de técnico y yo como periodista.

Yo, un desterrado político, privado por Hitler de mi nacionalidad alemana y un «traidor» en la acepción nazi de la palabra.

No le había visto desde hacía casi cinco años. No sabía nada de su actitud política ni de sus sentimientos actuales. ¿Se había hecho nazi? Era muy poco probable, pero en nuestros días uno no sabe nunca a qué atenerse.

Después de unos segundos de vacilación, me incliné primero, ligeramente. Después de todo, yo era más joven y si hacía caso omiso de mi gesto, tanto peor para él.

Herr X, vaciló también. Después miró precavidamente a su alrededor. No había nadie. Nos estrechamos las manos.

«¿Está usted aquí gozando del último baño de libertad antes de los «nuevos tiempos de grandeza?» —le pregunté un tanto irónicamente.

«Nada de eso —contestó—. No habrá guerra. Puede usted creerme. Los nazis no pueden soportarla. Saben que la perderían y esto sería su final.»

«No es usted el primero que me lo dice, pero seguramente sabe usted algo más. Dígame, por favor, las razones de su creencia.»

Nuevamente miró Herr X, con ansiedad a su alrededor.

«No —dijo—. Aquí, no. Sería demasiado largo y por lo tanto, demasiado peligroso para mí. Reunámonos esta noche en cualquier lugar tranquilo y tengamos una larga conversación.»

Yo: «¿Pero, por qué? ¿Qué ha pasado desde entonces?»

Herr X: «Muchas cosas. Por ejemplo: la experiencia práctica de las nuevas armas alemanas en España, que en general, ha desilusionado a los jefes de la Reichswehr. Aparte de los cañones antiaéreos, que han demostrado ser de magnífica calidad, todo lo demás ha ido mal. Los tanques han sido más vulnerables de lo que esperaban. Hemos sacrificado su blindaje a la velocidad. Los cañones antitanques los redujeron a pedazos en el frente de Madrid, e incluso las granadas de mano los inutilizaban.»

Yo: «Pero tenéis nuevos aliados, los italianos y quizá los polacos.»

Herr X: «No diga esa tontería. En cuanto a los polacos supongo lo dice en sentido irónico.»

Yo: «Y también en cuanto a los italianos, por lo que a mí respecta, pero la gente en Berlín parece tener un alto concepto de su valor militar. Quizá no sepan lo que ocurrió en Guadalajara en marzo.»

Herr X: «Naturalmente que lo saben. Y ello ha confirmado el prejuicio de la Reichswehr contra una alianza con Mussolini; aparte de que nuestros diplomáticos están decididos a no fiarse nunca más de los italianos, desde la amarga experiencia de 1915. Como usted recordará, éste era quizá el único punto sobre el que coincidían Hindenburg y Stresemann, cuando este último rechazó repetidamente los reiterados ofrecimientos de Mussolini para una alianza.»

Yo: «Aparte de las lecciones de España, ¿qué otras razones tiene usted?»

Herr X: «Las otras son quizá más decisivas. Un hecho que ha reducido considerablemente el peligro de una guerra, es el programa de rearme inglés. Fué un golpe terrible, no sólo para

(Continúa en la página tercera)



# El Palacio de los Borbones

(Continuación)

tumor del alma intolerante y fanática, terrible torcedor de nuestra historia, falazmente oculto en los años de paz; y como si él por sí sólo no fuera poco para envenenar espantosamente la vida nacional y el ser histórico español, hubimos de recibir a oleadas continuas ciertas bacterias ideológicas que están intentando aniquilar lo más precioso y lo más digno de esta vieja Europa, a quien también, a juzgar por los indicios, algún día tal vez han de llamarla la de los tristes destinos. «Europa camina desde hace tiempo —escribe un contemporáneo nuestro— con la cabeza para abajo y los pies pirueteando en lo alto. Y nosotros lo pagamos».

El «Palacio de los Borbones» se nos ha convertido, pues, virtualmente, dentro de nuestra imaginación, en un nuevo símbolo, más complejo y dramático que el que representaba anteriormente. Y no es solo la imagen histórica en la que pudiera condensarse un estilo de vida y un estilo político ya periclitados, de gran resonancia en la historia de España, sino que a esa imagen entonada y pomposa, se ha superpuesto otra, o mejor dicho, la historia contemporánea, la que vivimos como se vive en un barco a quien envuelve un huracán, ha impuesto imperativamente otro sentido al viejo emblema. Aparece en el campo de nuestra imaginación, en virtud de esta especie de superposición cinemática de imágenes, revestida de austera tristeza, de dolorosa desolación. Y es como la voz del Atrida, que se alza acusadora de su propio destino. Los sacos terrosos que ahora protegen sus huesos, se dijera vendajes que cubren las heridas que ha recibido aquel nobilísimo cuerpo, convertido en gigantesco San Sebastián por obra y gracia de los que creen defender el viejo e innane sentido de su primitivo símbolo; y así resulta como imagen sintética del dolor y la tragedia de España. Encaramado en un cerro, sobre el río de paupérrima vena, es como centinela que otea la otra orilla del Manzanares y la Sierra, convertidos por los propugnadores de su viejo sentido simbólico en escenarios de feroces combates. Domina y es parte, además, de uno de los paisajes más nobles, elegantes y dignamente altivos de Europa. El alma impenetrable y fina de Velázquez quedó prendida en aquel ámbito por los siglos de los siglos. Aquel alma y este paisaje se han hecho sinónimos para el mundo. ¿Cómo, pues, si todo allí era nobleza y

dignidad serena, pudo pensar nadie que este lugar sagrado de la belleza histórica y natural de España pudiera ser un día campo de mortales luchas fratricidas? Pues precisamente por eso, porque su destino, el destino nacional, le ha llevado a convertirse en escenario de peleas cruentísimas, está ahora acumulando sobre sí una historia, un sentido histórico y representativo, en el que no se hubiera podido pensar antes de la otoñada del año 36. Su historia antigua era historia de papeleo —expedientes, plumas de ganso y balduque—, de ceremonias y protocolos, o historia familiar más o menos sordida de una dinastía de personajes anormales. Su historia moderna, escrita sobre su mole barroca a golpe de metralla, es muy otra cosa, porque es historia de puro sacrificio heroico, de pasión y dolor, nacida de la entraña popular, la del pueblo español del romancero y las canciones de gesta, que es de donde han salido casi siempre los hechos memorables sobre los cuales se ha construido lo mejor de España. Se ha henchido, pues, la imagen del «Palacio de los Borbones» de rica substancia popular, de la mejor que puede dar de sí el pueblo español —precisamente de la substancia de aquel pueblo jaranero y corajudo que Goya, óptimo embajador para el caso— introdujo en sus historiadadas las cámaras y camarillas de Palacio, para que hablara, por medio del lenguaje mágico del arte, a sus dueños y señores de su vida trágica —hambre y sed de justicia—, o regocijada, porque sabe llegar, como ningún otro pueblo, a la alegría por el dolor.

Cañonean ahora al suntuoso «Palacio de los Borbones» los partidarios de aquellos señores y lo defienden y tratan de conservarlo en toda la magnitud de su belleza y significado histórico —el antiguo y el moderno— la descendencia popular de los rudos héroes goyescos, de aquellos que se lanzaron trabuco en mano a la pelea contra el invasor y, más tarde, instauraron y defendieron las libertades públicas. ¿No será, acaso, la Historia como un continuo cambio de símbolos?

JUAN DE LA ENCINA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

# Los misterios del Vaticano y el fascismo

Por GUGLIELMO FERRERO

La llegada a Francia del cardenal Pacelli, en calidad de delegado del Papa, ha causado mucha impresión. Parece que, desde 1804, el Sumo Pontífice de Roma no había enviado ningún otro representante a Francia. En este acto se revela un deseo de aproximación a Francia, por parte de la Santa Sede, basado en la persecución que el régimen nazi inflige a la Iglesia en Alemania. Yo creo que a esta causa hay que añadir otra más profunda: la situación que la conciliación y los tratados de 1929 han creado al Papado en Italia.

Se trata de una situación nueva, producida por la guerra mundial y totalmente desconocida. Intentaré explicarlo lo más claramente posible.

El Estado que ha gobernado a Italia de 1860 a 1922 era, después del Imperio Ruso, el Estado menos democrático de Europa, Estado en que la influencia del pueblo sobre el poder era la más pequeña y la autoridad del poder sobre el pueblo, la mayor y la menos controlada. Pero el Estado italiano de la anteguerra, si bien no era democrático, era liberal, lo que no es lo mismo. Profesaba cierto liberalismo en política, pues toleraba un comienzo de crítica y de oposición y admitía esto ampliamente en la esfera intelectual y religiosa. No imponía ninguna doctrina como obligatoria; trataba por igual a los adeptos, a todos los cultos, y a los que no tenían ninguno —judíos, protestantes, católicos, librepensadores—. Para hacer una carrera política —en Italia— antes de 1914 era necesario no

discutir la triple Alianza; pero no era preciso creer en la Santa Trinidad.

El Papado ha aprovechado ampliamente, desde 1870 a 1922, este hecho y, gracias al mismo, los papas han podido dirigir la Iglesia sin ser molestados en lo más mínimo por el Gobierno italiano. La situación ha cambiado, en 1922, con el golpe de Estado fascista. El Estado italiano ha permanecido tan antidemocrático como antes, pero ha dejado de ser liberal. Ha profesado en todos los dominios de las pseudodoctrinas, imponiéndolas por la fuerza, sin que escaparan de esta imposición, tanto la prensa como el Parlamento, las Universidades como la Iglesia.

Ello ha provocado entre el Gobierno fascista y el Papado un virtual antagonismo. Durante seis años, hasta 1929, parecía que los dos adversarios preparaban las armas para una lucha decisiva. En 1929, golpe de teatro: los dos adversarios se abrazan y hacen la paz. Es la conciliación que los católicos del mundo entero saludan como una solemne reparación consentida al fin por el Gobierno italiano, de los daños que las revoluciones del siglo XIX habían causado al Papado.

Pero esto no era más que una ilusión, que ha vuelto inteligible para el mundo la situación actual del Papado. Pío XI celebró en 1927 la conciliación, juzgando —y, según mi opinión, exactamente— que el Papado no tenía fuerza para emprender una lucha seria contra el fascismo. No existiendo ya la independencia que el liberalismo del

Estado italiano había asegurado a la Santa Sede, hasta 1922, no pudiendo y no queriendo la Santa Sede comprometerse en una lucha seria contra el fascismo, no le quedaba sino reconocer la superioridad de aquel, cotizando elevadamente ese reconocimiento.

Su conciliación de 1929 ha sido una capitulación disimulada de la Santa Sede ante el fascismo; que éste ha recompensado, restituyendo en gran parte a la Iglesia la situación privilegiada —política y social— que tuvo en Italia de 1815 a 1847.

Dos guerras han demostrado que el Papa, libre hasta 1922, se ha constituido, en Roma, prisionero del fascismo, con la conciliación de 1929. La primera es la guerra mundial. Durante ella, bajo los gobiernos perseguidores, como se les llamaba entonces, el Vaticano, Benedicto XV pudo adoptar una actitud radicalmente opuesta a la del Gobierno italiano; llamar una matanza inútil a la guerra, que, según la doctrina oficial del Gobierno que la hacía, debía transfigurar Italia, comenzar una nueva historia, más gloriosa y más feliz. El Gobierno italiano no trató de impedir al Papa el que se manifestase, aun contra él, considerándolo como pastor del mundo católico.

La segunda guerra, a la que he hecho alusión, es la de Etiopía. Si de 1914 a 1918 Benedicto XV pudo hablar libremente, en 1935 Pío XI ha debido callar. Durante los primeros meses de la guerra de Etiopía sucedió en el Vaticano una tragedia que el mundo ignora aún. De los ex-

# “El Estado italiano ha permanecido tan antidemocrático como antes, pero ha dejado de ser liberal”

trenos más opuestos llegaron al Papa despachos, suplicándole que levantara la voz contra la agresión, la guerra de conquista, la violación de los tratados, de que era ejemplo la guerra de Etiopía. El Papa no se atrevió a hacerlo, temiendo las reacciones violentas que pudiera provocar del Gobierno italiano. Pero el silencio a que estaba obligado en presencia del mundo católico, que esperaba su palabra, se hizo a la larga tan intolerable, que haciendo crisis en cierto momento, el Papa envió al jefe del Gobierno italiano un mensajero para hacerle saber que la Santa Sede no podía continuar callando indefinidamente, y presionarle al propio tiempo para que la librase de una situación tan difícil, dando rápidamente a la paz. El que quiera descubrir al misterioso mensajero, que lo busque en Roma, en los alrededores de la Piazza del Gesù. Si mis datos son exactos, aquella gestión debió ser el origen del famoso plan Hoare-Laval.

Esto no es todo; el Clero italiano ha tomado, ante la guerra de Etiopía, actitudes contradictorias. Ciertos obispos y curas, han dado pruebas de un espíritu belicoso, digno del más ardiente fascismo; otros han aprobado la guerra; otros, en fin, se han encerrado en un silencio hostil. Un cardenal que ocupa una de las grandes sedes episcopales de la Italia del norte, ha comprendido que la actitud incoherente del Clero produce una gran turbación en la conciencia de los católicos; ha llamado la atención del Papa sobre este peligro y le ha pedido que dé instrucciones precisas, uniformes, al Clero. El Papa se ha negado, diciendo que 48 horas después serían conocidas sus instrucciones por la «Ovra». Se ha visto reducido, pues, el Papa a temer a la policía política del fascismo, como cualquier antifascista o fascista que escribe una carta en su casa o que habla en un café.

La caída del Gobierno liberal ha creado una situación en Roma que ha puesto al Papa en presencia de este dilema: o aprobar, al menos tácitamente, la política fascista, o arrastrar a la Santa Sede a una lucha a muerte contra el Estado italiano. Todo parece tranquilo en Roma, porque el mundo católico no se

ha dado cuenta aún de esta situación, la más difícil y dolorosa que el Papado haya conocido desde el Pontificado de Pio VII; y porque el Papa, que ha firmado los tratados de 1929 ocupa aún la Sede de San Pedro. Mientras él viva, se tratará de ocultar la verdadera situación que estos tratados han creado en el Papado.

Pero una situación tan extraña no puede durar indefinidamente. Cuando sea preciso nombrar un sucesor al Papa actual, el Gobierno de Roma hará lo posible para que la elección recaiga sobre su candidato y para que la Sede de San Pedro sea ocupada por un Papa fascista. Si lo consiguiera, llegaría a día en que el mundo católico comprenderá que el jefe de la Iglesia no era en Roma más que el «capellán del fascismo», para modernizar una imagen que ha sido célebre al principio del siglo XIV. ¿Qué sucederá entonces?

Si el Gobierno italiano no consigue hacer nombrar un papa fascista y si el fascismo permanece en el poder cierto número de años, la lucha entre la Santa Sede y el Gobierno de Roma estallará tarde o temprano. Estallará el día en que el gobierno fascista cometa un acto contra el que se rebela la conciencia católica de un modo irrefrenable.

Es imposible prever cuáles podrán ser el desenvolvimiento y los resultados de esta lucha.

En qué época vivimos! Hay en Roma un Estado que se declara católico a cada instante; en París un Gobierno sin Dios, en el sentido de que deja a todos los ciudadanos en libertad de profesar el culto que quieran, de no profesar ninguno. En un momento en el que el pretendido Estado católico de Roma está en relaciones muy frías con el Estado sin Dios, la Santa Sede se acerca al Estado sin Dios. Pero la paradoja no lo es sino aparentemente. El Estado sin Dios es liberal, y el Estado que se proclama católico no es católico ni liberal. Ahora bien; para que la Santa Sede pueda tener relaciones amistosas con un Estado, es necesario que éste sea o verdaderamente católico o, al menos, liberal.

# El palacio de Alba...

(Continuación)

del Gobierno, que inventaron después la historia de su destrucción por los aeroplanos fascistas.

Cuando estuve en Madrid, en el mes de abril, visité dicha casa en compañía de miss Jacobsen, perteneciente a la ambulancia escocesa. Miss Jacobsen vió con sus propios ojos a los aviones rebeldes volar sobre el edificio el mismo día de su destrucción, y vió las llamas que surgían del tejado inmediatamente después del bombardeo. Se dirigió en seguida a la Embajada inglesa para solicitar el envío de una brigada de bomberos, y ella misma me aseguró que, antes de que éstos acudieran, habían sido colocados guardias en la casa para impedir el saqueo y que, a pesar del fuego, se salvaron muchos cuadros y libros.

Yo misma puedo asegurar el hecho de que había un gran agujero en la única habitación —que yo recuerdo— que conservaba restos de techumbre. La destrucción, evidentemente, había venido de arriba.

En cuanto a la afirmación de que habían colocado ametralladoras en los tejados de El Prado para tentar a los aeroplanos invasores a bombardear el edificio, no debe olvidarse que en el mes de noviembre último hicieron explosión, efectivamente, en El Prado, dos bombas. co-

mo lo atestiguan Mr. Arthur Koestler —que se encontraba entonces en Madrid— en su libro «L'Espagne Ensanglantée». Se comprende, por lo tanto, el deseo del Gobierno de retirar la colección a un lugar más alejado de la lucha.

Tengo entendido que todos los traslados que han tenido lugar se han realizado con el consejo de expertos en la materia, y yo puedo atestiguar el evidente cuidado con que eran tratados los muebles valiosos de las casas particulares visitadas por mí, utilizados como oficinas del Gobierno, tanto en Valencia como en Madrid.

Creo que Sir Frederick Kenyon ha sido invitado por el Gobierno español a visitar España y a informar sobre la seguridad de los tesoros artísticos encomendados a su cuidado. Sería interesante que se le invitara también a publicar sus informes sobre los tesoros del territorio rebelde.

Nuestra prensa publicó en el mes de marzo la noticia de haberse encontrado a un prisionero hecho en Guadalupe valiosos documentos de Sigüenza y los tesoros artísticos de España no están todos concentrados en Madrid. —Katharine At-



# La ficha penal de Benito Mussolini, fundador del fascismo italiano e invasor de España

Hace unos años lo transcribió en sus columnas «L'Italia d'il Popolo» y su publicidad produjo honda sensación en el mundo... El documento, que no era ni más ni menos que la ficha penal del tenebroso dictador de Italia, redactada a base de los antecedentes registrados en la «Fiducia Penale» (Certificado de penalidad de la Jefatura de Policía Provincial), comentada por el «Prefecto», jefe político de la provincia, y enviada por éste al Ministerio del Interior, fué más que suficiente para echar por tierra toda la falsa leyenda tejida alrededor de la figura de Benito Mussolini, al que los fascistas italianos han tratado siempre de presentar como un hombre de orden, amante de las instituciones militares y respetuoso con la propiedad, las creencias y la tradición.

No tiene desperdicio esta ficha penal comentada por el «Prefecto» de la ciudad de Forlì y redactada a través de las actividades del «socialista revolucionario» Benito Mussolini, que de 1904 a 1914 se muestra como recalcitrante demagogo, exaltador de cuanto significase confusión en el proletariado, para terminar persiguiendo a la masa obrera italiana, a la que desde entonces injuria, apalea y asesina sin piedad.

La ficha penal que transcribimos a continuación, del dictador de Italia, es una copia auténtica del original que obraba en el archivo judicial de Forlì, de donde seguramente se habrán apresurado a hacerla desaparecer los corifeos del fascismo que detentan las libertades ciudadanas del verdadero pueblo italiano.

«Real Prefectura de Forlì. — Secreto. — N. 1349-14. Div. 11. — Años de 1904 a 1914.

Categoría IV. — Individuo: Mussolini, Benito, hijo de Alejandro (socialista revolucionario). Se incluye fotografía.

Sumario biográfico hasta el 10 de enero de 1904: como individuo, es de carácter vivo y además impulsivo y violento, pero a causa de su discreta educación (desconocida en los medios obreros en que actúa) ha logrado crearse un buen nombre. Tiene cierta inteligencia y atisbos de cultura que trata de incrementar frecuentando la Escuela Normal de Forlimpopoli, donde sigue algunos cursos superiores.

El 3 de enero de 1904 marchó a Ginebra en busca de empleo.

6 de febrero. 1904 N. P. 308. El cónsul general de Italia en Ginebra comunica que Benito Mussolini, a quien se le ha señalado como anarquista, acaba de expulsarse del Cantón de Berna. Mussolini hace amistad en Annemasse con el conocido propagandista Donatini y quiere fijar su residencia en Ginebra, en cuya Universidad se ha matriculado.

28 de abril de 1904. N. P. 942. El 10 de abril, Mussolini se le declara desertor por no presentarse a filas al ser llamada su quinta. El 15 del mismo mes la policía le detiene en Ginebra, por haberse comprobado que acababa de falsificar la fecha de su pasaporte. Dos días más tarde se ordena su expulsión y sale en un tren desde Chiasso para conducirse a la frontera. Protesta de esta expulsión y, debido a la influencia de los líderes socialistas del Cantón Ticino, se le permite abandonar el tren en Bellinzona, donde fija su residencia.

16 de mayo de 1904. N. P. 1.083. El Ministerio de la Confederación suiza ha declarado que Mussolini se encuentra ahora en Annemasse, Alta Saboya.

10 de enero de 1905. N. T. 66. El 31 de diciembre de 1904 se presenta en el distrito militar de Forlì, como inscrito en la primera categoría de la quinta de 1883 y Mussolini es destinado al décimo regimiento de Bersaglieri, de guarnición en Verona, para cuyo punto sale el 8 de enero de 1905.

19 de noviembre de 1906. N. P.

1892. El 6 de septiembre de 1906 Mussolini llega a Predappio licenciado del Ejército. El 15 de noviembre de 1906 sale de Tomezzo, en busca de un empleo como maestro elemental. La Prefectura de Udine informó sobre la necesidad de vigilarle, y recibió la copia de sus antecedentes penales.

18 de septiembre de 1908. (Sin número). Por una sentencia de fecha 22 de julio de 1908, de la Corte local, es condenado Mussolini a tres meses de prisión y doscientas liras de multa, por el delito de «amenaza a mano armada».

10 de septiembre de 1906. N. P. 2659. Por sentencia del 10 de septiembre de 1908 de la Prefectura de Meldola, es condenado a cien liras de multa por haber dado una conferencia pública sin la autorización correspondiente.

12 de noviembre de 1908. N. P. 3041. El 12 de noviembre de 1908 cambió su residencia al número 27 de la Via Mazzini, en la ciudad de Forlì. Es convenientemente vigilado, porque «se trata de un ferviente antimilitarista».

14 de febrero de 1909. N. P. 60. Actualmente Mussolini reside en Trento, en la Via Riviera, número 20, piso segundo. Ha sido nombrado secretario de la Cámara local del Trabajo, en cuyo cargo demuestra su calidad de un activo propagandista de sus ideas.

29 de julio de 1909. N. P. 247. Por sentencia de 9 de junio de 1909, N. 524-9-12 de la Ilma. Corte Real de Trento, es condenado a tres días de arresto, ya descontados, por contravención del artículo 214 del Código austríaco.

3 de octubre de 1909. N. P. 2087. La Jefatura de Policía de Verona comunica que Benito Mussolini, expulsado de Austria, se encuentra en esta ciudad.

13 de noviembre de 1909. N. P. 3869. El 10 de noviembre es detenido Mussolini en Forlì a consecuencia de un mandamiento de captura remitido con fecha 25 de octubre de 1909, por la Prefectura de Meldola, donde fué mantenido en prisión diez días, por no haber satisfecho la multa de cien liras a que había sido condenado por contravención del artículo primero de la ley de Seguridad Pública. Se le pondrá en libertad de la prisión el 20 de este mes.

12 de diciembre de 1909. N. P. El 20 de noviembre de 1909, Mussolini sale de la prisión y vuelve a residir en el número 72 de Sobborgo Mazzini.

31 de diciembre de 1909. 3195. El 10 de enero de 1910 aparecerá en Forlì un diario socialista que se titula «Lucha de Clases», del que Mussolini ha sido nombrado director.

12 de febrero de 1910. N. P. 529. comparecido Benito Mussolini ante la Cámara del Consejo de la Corte local de Forlì, «acusado de haber intimidado al padre Gemelli, a fin de impedirle el que pronunciara un sermón en la iglesia de San Mercuriale».

14 de abril de 1910. N. P. 2218. Mussolini es condenado por la Prefectura a pagar una multa de 200 liras, por contravención de los artículos 65 de la ley de Seguridad Pública y 445 del Código Penal.

25 de julio de 1910. N. P. 2994. Las autoridades judiciales han denunciado a Mussolini por contravención del artículo 7 de la ley de Seguridad Pública, pues ha promovido en la ciudad de Forlì un motin seguido de manifestación contra la República Argentina. (Eran los tiempos en que Mussolini publicó violentísimos artículos exaltando y aplaudiendo la labor de los autores de aquellos célebres atentados por medio de la dinamita ocurridos en el teatro Colón, de Buenos Aires.)

15 de septiembre de 1910. N. P. 3571. La Prefectura de Forlì condena a Mussolini por contravención

del artículo 7 de la Ley de Seguridad Pública.

El 20 de julio de 1911. N. P. 3818. Vuelve otra vez Mussolini a ser condecorado por contravenir el artículo 7 de la Ley de Seguridad Pública. Continúa viviendo en la ciudad de Forlì y se le vigila estrechamente «por ser un ferviente antimilitarista y socialista revolucionario».

30 de septiembre de 1911. N. P. 3918. El día 20 de septiembre se le denuncia en la procuraduría del Rey, de la ciudad de Forlì, acusado de infringir el artículo 246 del Código Penal (Instigación pública al atentado contra las autoridades y las instituciones.)

16 de octubre de 1911. N. P. 4128.

El día 4 de octubre de 1911, Mussolini vuelve a ser detenido en Forlì en virtud de mandamiento expedido por el Juez instructor que le acusa de complicidad en delito señalado en los artículos 154, 190, 213, 315 y 316 del Código Penal, cometido el 25 y 26 de septiembre de 1911, con motivo de las manifestaciones y motines que había organizado en la ciudad para protestar de la expedición militar a Trípoli.

Nota. — Los delitos de que se acusaba a Mussolini y por los cuales se le detuvo en esta última ocasión eran: Resistencia a la fuerza pública y actos de violencia contra

agentes de la autoridad; oposición por toda clase de medios violentos a que los mozos cumplieren sus deberes militares; resistencia a las autoridades; actos de violencia contra funcionarios públicos; violencia para evitar el tránsito de tranvías de Romagna, contribuyendo, en unión de grupos que capitaneaba, a volcar vehículos de esta naturaleza, levantar las vías y destruir las mercancías que transportaban; sabotaje en las líneas telegráficas del Estado, con rotura de postes y de hilos; obstrucción con palos y postes telegráficos de líneas ferroviarias, con gravísimo peligro para los pasajeros que circulaban en los trenes de aquella ruta.

15 de julio de 1912. N. P. 4135. El 29 de febrero de 1912 la Corte de Apelación de Bolonia confirma la sentencia de la Corte Local (impuesta el 25 de noviembre de 1911), en la que se reduce la condena a cinco meses de prisión, ya cumplidos por Mussolini, que es puesto en libertad el 12 de marzo. En este proceso se le consideró culpable de haber pronunciado un violento discurso que provocó una resolución adoptada por gran mayoría de votos, en virtud de la cual, los diputados Bissolati, Cabrini y Bonomi fueron expulsados del Partido Socialista, por haber tomado parte en una manifestación pública de simpatía a Su Majestad Vittorio Emanuele II, y haber contribuido también a la expulsión del diputado Podrecca por su patriótica actitud hacia la guerra de Libia. Bissolati y Bonomi fueron más tarde ministros de Italia.

30 de agosto de 1912. N. P. 4808. Mussolini organizó y tomó parte en un comicio público celebrado en Forlì el 25 de agosto de 1912 como protesta contra las autoridades de los EE. UU. de América, que habían condenado a muerte a los italianos Giuseppe Etore y Arturo Giovannitti. En este acto hablaron con Mussolini el socialista Gianni Guido y el anarquista Domenico Zavattero. Los tres, se expresaron en tonos violentísimos, pero el comicio terminó sin incidentes, porque «él acudieron poquísimas personas».

Nota. — Estos hechos se refieren a la primera gran huelga de la I. W. W. en el Este de Lawrence, Mass. Se promovieron trágicos disturbios entablándose fuertes tiroteos que produjeron muchas víctimas. Giuseppe Etore y Arturo Giovannitti, acusados de homicidio, fueron procesados y más tarde absueltos. Figuraba como uno de los dirigentes de esta huelga Edmundo Rossoni, jefe de los sindicalistas fascistas y editor de un diario titulado «El Proletario de Nueva York».

El 25 de octubre de 1913. N. P. 9071. Benito Mussolini ha sido proclamado candidato a diputado por el Partido Socialista del distrito de Forlì, donde el 18 de este mes expuso a sus votantes el programa parlamentario que pensaba desarrollar si triunfaba en las elecciones. Durante su discurso, al hablar de la guerra de Libia, afirmó que la responsabilidad de aquella aventura recaía sobre el Rey, acerca de cuya personalidad usó un lenguaje tan impropio, que el representante de la autoridad que asistía al acto se vio precisado a interrumpirle varias veces y a denunciarle más tarde a los tribunales de justicia, acusado de delitos señalados en los artículos 122 y 125 del Código Penal.

11 de abril de 1914. N. P. 124. Mussolini comparece ante los tribunales de justicia, acusado de vilipendio y ultrajes al Ejército insertados en los artículos «los asesinos de Rocca Corga», «El Crimen de Vaganzola», «Cómo razonan las bestias militares» y «Napoles rebelde» que se publicaron, firmados por él, en el diario «Avanti». Logra que le absuelvan los Jurados y para ma-

## El bluff de Hitler es descubierto

(Continuación)

Hitler y sus consejeros más íntimos, sino para la opinión nazi en su totalidad. Los alemanes se habían ido acostumbrando a la idea de que Inglaterra se cansaba del Continente y dejaría sola a Francia, en caso de conflicto. Aún lo creen con respecto a Austria y Checoslovaquia, y ésta es la razón por la que anticipa una serie de crisis diplomáticas en Europa, aun después de la terminación de la guerra de España.

De todas maneras, el anuncio del programa de rearme inglés, nos mostró claramente que habíamos emprendido una carrera de armamentos que perderíamos, desde los puntos de vista militar y financiero. Nos damos cuenta de que el tiempo trabaja en contra nuestra.

Yo: «¿Quiere usted decir que los trucos financieros de Schacht se acercan al final?»

Herr X.: «Exactamente. A menos que pueda obtener un gran empréstito en Londres o en Nueva York, le será cada vez más difícil evitar el completo derrumbamiento de su complicado sistema de autarquía por el cual ha conseguido, hasta ahora, financiar el rearme alemán con una base puramente interna y cubrir la importación de materias primas con el dumping. Además, las materias primas son cada vez más caras en el mercado internacional.»

Yo: «Pero ahora, al fin, vuestra intervención a favor de Franco ha empezado a dar fruto. Ya habéis obtenido el cobre de Río Tinto. Ahora obtendréis mineral de hierro de Bilbao. También obtendréis mineral sueco, francés e incluso manganeso ruso.»

Herr X.: «Supongamos que todo esto es cierto. No lo es, porque puedo decirlo que mis talleres no pudieron llevar a cabo el mes último un pedido importante y urgente de la Reichswehr a causa de la falta de materias primas. Eso sería bastante para completar el actual programa de rearme en tiempo de paz. Pero los jefes de la Reichswehr saben que esto no es nada comparado con lo que haría falta para una guerra.»

Yo: «Por lo que se refiere a los alimentos, el doctor Schacht tiene éxito en el Suroeste de Europa, comprando las cosechas austríacas, rumanas y yugoslavas a cambio de productos industriales. Y nosotros conocemos por experiencia la increíble capacidad de sufrimiento y resignación del pueblo alemán.»

Herr X.: «Este es el punto decisivo. En 1914-18, teníamos una nación unida que estaba decidida a luchar por la victoria. Ahora tenemos una nación dividida. Y ni siquiera digo en dos mitades porque temo que sólo una minoría querría ver a Alemania ganar una guerra. La mayoría está tan asqueada de los nazis, que permanecería indiferente o esperaría deshacerse de Hitler por medio de una derrota. Los jefes de la Reichswehr conocen esto perfectamente bien y por ello están decididos a no permitir que Hitler se deslice en una guerra como hizo el kaiser en 1914.»

Yo: «¿Cree usted que el régimen nazi está en peligro?»

Herr X.: «De ninguna manera, en tanto que no haya guerra. Aunque tuviera el 80 por 100 del pueblo en contra suya, Hitler mantendría su régimen fácilmente con el aparato administrativo, con las Guardias Negras de las S. S. y las camisas pardas de las S. A. (Aunque no debe fiarse mucho de los S. A. en caso de necesidad.)

No hay oposición organizada y no puede haberla en mucho tiempo. El descontento y la revolución son dos cosas completamente distintas.»

Yo: «Pero si la situación es tal como me la describe, ¿cómo explica usted la actitud presente de Alemania, especialmente con respecto a la guerra de España? Esta no es la conducta de un Gobierno que se sabe incapaz de hacer la guerra.»

Herr X.: «No se da usted cuenta de que todo es bluff? Especula con el miedo a la guerra de las otras naciones y siempre le han dado la razón. Acuérdesse de nuestro rearme, de la ocupación de la cuenta del Rhin, del primer año de la intervención en España. ¿Por qué no habría de continuar?»

Yo: «Pero si el bluff es descubierto, fracasará Hitler en su retirada como fracasó el kaiser hace veintitrés años?»

Herr X.: «No lo creo, porque la diferencia esencial entre 1914 y 1937 es que el Estado Mayor de 1914 quería la guerra, que él creía ganar, mientras que los generales de la Reichswehr de 1937 temen a la guerra, por lo menos en los dos o tres años venideros, porque tienen la certeza de perderla.»

VICTOR SCHIFF

(Daily Herald, 5 agosto 1937.)

(Continúa en la página siguiente)



## Combate en las calles de Toledo

# Palabras finales de un hombre que creyó a Franco

La óptica limpia de los aparatos militares nos permite ver las torres cercanas de la Catedral, las ruinas del Alcázar y el paredón del Miradero. Abajo, a la izquierda, la carretera estrecha por la que llegábamos en noviembre hasta el puente del Guadarrama.

¡Por ella huían! Y no un grupo de personas, sino muchos hombres. Hombres, mujeres y chicos. Corriendo y con la cabeza inclinada, arrimados a la cuneta. Mientras tanto, se recrudecía el fuego en el interior de la ciudad. Fuego por descargas de fusilería y en rafagas de ametralladora. De vez en cuando, explosiones de bombas de mano.

El camarada que me habla es capitán de nuestro Ejército, de servicio en una de las compañías que guarnecen la línea republicana más próxima a Toledo. Continúa:

—No fué posible determinar ningún detalle del combate. Todo se ha reducido a conjeturas más o menos justas.

—¿Qué fuerzas tiene el enemigo en la ciudad?

—Algunos batallones de reclutas, quizá una bandera del Tercio, moros y falangistas.

La batalla —no hay duda que hubo una batalla en las calles de Toledo— debía de ser hacia los barrios extremos. Duró varias horas, y se reprodujo, aunque con menor intensidad, después.

En todas nuestras trincheras el tema es ese. Los soldados del pueblo comentan la sublevación. Un comisario razona:

—En tiempos de guerra, el aparato de terror del fascismo, con ser más fuerte que nunca, es menos eficaz que en tiempos normales. Cuando hay paz, es una minoría la que arriesga la vida; pero en guerra, el peligro de cada día anula en cierto modo el miedo a la represión. Por eso, es completamente explicable que se produzcan estos levantamientos, aun cuando los oficiales fascistas y los guardianes de Falange extremen su brutalidad y sea más grave el régimen de fusilamientos y torturas. La retaguardia de Franco desea verse libre del fascismo y anhela el instante en que las tropas de

la República reconquisten el territorio que es nuestro.

Interviene un campesino:

—Hasta los fascistas deben estar indignados. Tantos moros, tantos italianos, tantos alemanes, tantos portugueses... ¡Y lo difícil que será ver a un español!... Acordaos de aquel muchacho que recogisteis herido.

—Es verdad.

El episodio es éste: En uno de los más recientes combates en el frente del Tajo, nuestros soldados hallaron a un herido que los soldados enemigos habían abandonado. Tenía tres balazos en el pecho y ninguna posibilidad de salvación. Era un falangista. Al empezar el movimiento le habían dicho que se trataba de salvar a España. Sin ningún conocimiento político, inculto, había creído en el fascismo.

—Me vais a fusilar, ¿verdad?—dijo.

—Te vamos a curar, que no es lo mismo.

—Gracias; pero ya no tengo cura. Además, es mejor. Estoy harto de guerra, harto de ver extranjeros en nuestra tierra, harto de esos condenados alemanes que nos humillan a cada paso y comen mientras nosotros ayunamos.

Se le practicaron varias curas de urgencia. El caso era muy grave. Después de la última operación, no podía hablar. Los médicos le veían hacer esfuerzos inauditos para decir algo. Y muy poco antes de morir escribió en un papel con pulso de agonía:

—Vosotros tenéis razón.

\*\*\*

La voz del Gobierno y del pueblo español debe llegar a todos los rincones de los frentes y de las ciudades fascistas. Tenemos que acercar ese instante en que toda la España «nazi» reproduzca sucesos como los de Toledo, Motril y Granada. El instante en que los millones de hombres vigilados por la «Gestapo», los hermanos de los asesinados por el fascismo, tiendan sus manos vigorosas hacia la bandera de la República.

## La ficha penal de Benito Mussolini

(Continuación)

nifestar su adhesión al citado periódico y a su redacción, el día 5, por iniciativa de la sección socialista local, se celebró un mitin donde habló Mussolini, expresando su esperanza de mejores días para la libertad de la prensa. Después atacó con la violencia peculiar en él al Gobierno, a las autoridades e instituciones.

4 de julio de 1914. N. P. 5157. Durante la huelga general de protesta por los hechos desarrollados en Ancona (tentativa revolucionaria, fracasada y seguida de severas represalias), Mussolini trabajó activamente desde el comienzo de la insurrección, excitando desde su periódico «Avanti» a intensificar las agresiones a la fuerza pública, así como también a multiplicar los desórdenes. En comicios públicos celebrados el 8 y 9 de junio pronunció violentos discursos, en los cuales se declaró capaz de cometer crímenes e instigó al desorden y excitó el odio de clases, por lo que fué denunciado a las autoridades judiciales para que se le aplicasen las sanciones que la Ley marcaba. Más que un socialista revolucionario, por la violencia de sus palabras y de sus escritos, y por las acciones de que se le confirmó responsable con ocasión de manifestaciones y motines, se reveló como un verdadero anarquista en todo el amplio sentido de la palabra, siendo verdaderamente demolidores las excitaciones que realizó por medio de «Avanti», a lo que se debe la excitación de las masas y de la débil oposición de sus más moderados adversarios y continúa exaltando el pensamiento del pueblo e inflamando con insostenibles ideales todos los movimientos sediciosos

de los cuales es organizador. — Firmado: El Prefecto.

Esta es la ficha penal del dictador de Italia. Lo que no explica el Prefecto de la ciudad de Forlì son las causas en virtud de las cuales Benito Mussolini fué expulsado por segunda vez del territorio suizo. Esta determinación de las autoridades de Berna obedeció a haberse comprobado que Mussolini robó a uno de sus compañeros de trabajo un reloj y un abrigo. Este fué devuelto a su dueño, pero la joya no. Como no hubo denuncia del perjudicado, las autoridades de Suiza se limitaron a expulsar del territorio nacional a Mussolini, considerándole como persona peligrosa que no podía volver a penetrar en el país de no publicarse de nuevo un decreto de rehabilitación.

**Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta**

## ESTAMPAS de la guerra civil española

Por M. MILLARES VAZQUEZ  
(Continuación)

en las ciudades más importantes, los militares estaban forzosamente condenados al fracaso en aquellas regiones donde habían logrado sostenerse. Desde Portugal a Cataluña, por el Este, el Gobierno contaba con la mitad del territorio español. En el Norte, la franja de costa que va desde Asturias a San Juan de Luz, se conservaba íntegra bajo su dominio. Los insurgentes ocupaban un territorio estéril e improductivo, si se exceptúa a la región gallega; en cambio, el Gobierno controlaba todos los grandes núcleos industriales y las tierras de producción cereal.

El Gobierno puso sitio a cuatro ciudades que estuvieron a punto de rendirse, provocando el derrumbamiento de todo el frente insurgente. Zaragoza, Córdoba, Granada y Oviedo no hubieran resistido un mes, de no haber sido por la llegada de los moros, que Franco pudo trasladar a la Península, gracias a la ayuda que inmediatamente le prestó Mussolini. Cuando yo entré en España, el jefe de la guarnición de Granada había convenido en rendirse sobre la base de hacer entrega de la ciudad a fuerzas disciplinadas. El general Miaja fué enviado por el Gobierno a tomar el mando de las tropas leales que habían establecido el sitio. Pero en aquellos días llegaron a la Península hordas marroquíes. Con el envío de los primeros contingentes de moros, Franco llevó a los corazones flaqueantes de sus compañeros de aventura una súbita esperanza. El instinto de conservación les hizo resistir las acometidas republicanas. Tenían que ganar tiempo, mientras se fraguaba la intrusión directa de los dos países fascistas de Europa en la contienda civil.

Falla el golpe de la escuadra. Los marinos, al darse cuenta de que sus jefes traicionaban al régimen, se insubordinaron contra ellos. En algunos buques hubo choques y perdieron sus vidas los facciosos. En la mayoría de las unidades navales, se produjo el hecho ejemplar de ser arrestada la oficialidad y entregada a las autoridades de la República. La aviación y la marina de guerra estuvieron al lado del régimen desde el primer momento. Para poder trasladar tropas africanas a la Península, Franco tuvo necesidad de acudir a Mus-

solini, solicitando aviones. Fueron pilotos italianos, en trimotores italianos, los que transportaron por el aire a los primeros moros, burlando así la vigilancia establecida por la escuadra leal en el Estrecho.

A partir de este momento, la intervención de Italia se acentúa cada hora. En los primeros días del mes de agosto desembarcan en Vigo 25 aviones. Un barco cargado de material de guerra, de cañones, ametralladoras, fusiles y bombas atraca al mismo puerto procedente de Alemania. Hitler toma parte activa en la guerra española y comienza a prestar técnicos a Franco. Un mes entero estuvieron ambas naciones abasteciendo de armas, municiones y hombres a los insurgentes. Fué al cabo de ese tiempo cuando los sublevados salieron de la inactividad y abrieron sus ofensivas en gran escala. Pero ya el movimiento había perdido por completo su carácter español, quedando hipotecado para siempre a dos potencias extranjeras de notoria capacidad imperialista.

Los «patriotas» de toda la vida, rindieron este último tributo de cinismo al pueblo cuyas glorias explotaban. Y, sarcásticamente, a partir de ese instante, decidieron llamarse «nacionalistas».

### EL SITIO DEL ALCAZAR DE TOLEDO

Una noche, a los pocos días de mi llegada a Madrid, me presentaron al entonces jefe del Gobierno, don José Giral, hombre recto, enérgico y decidido.

Se hablaba mucho en aquellos días del Alcázar de Toledo, cuya rendición era esperada de un momento a otro. Yo recordaré siempre estas palabras suyas:

—El Alcázar no ha sido tomado, porque nos duele profundamente poner en peligro de destrucción la Catedral de Toledo. Yo, personalmente, he recomendado a los aviadores encargados de bombardearlo que procedan con la mayor prudencia, pues no quisiera que una bomba perdida fuese a estallar en aquel monumento. Valiéndose de esta coyuntura, los facciosos se sostienen aún en una fortaleza que, con los elementos destructivos de hoy, apenas si aguantaría una semana en cuanto se le atacase, cuyos valores artísticos no queremos destruir empleando la aviación.

A los pocos días estuve personalmente en Toledo. ¡Paz en la tierra! Una barricada de sacos de arena protegía nuestra entrada en la ciudad milenaria. Jamás olvidaré el espectáculo impresionante que ofrecía el pueblo, discurriendo silencioso por las calles torcidas. Rínglas de mujeres vestidas de negro esperaban turno ante las tiendas para adquirir alimentos. El famoso templo católico estaba allí, incólume ¡y casi se tocaba! Digo casi se tocaba, porque las balas de los del Alcázar zumbaban en sus alrededores. Gracias al elevado nivel cultural de los gobernantes republicanos y a su sensibili-

dad artística, la Catedral de Toledo permanecía intacta. En cambio, los «redentores de la especie humana», que se habían refugiado en la pétrea fortaleza, no vacilaron en derribar con el plomo de sus ametralladoras las grandezas de arte e historia acumuladas en el barrio de Zocodover. Casas milenarias construidas de barro en forma tan ingeniosa que resistieron las embestidas de los siglos, no pudieron sostenerse cuando el plomo encendido penetró en sus paredes. La plaza de Zocodover era una maravilla que causaba la admiración de cuantos llegaban a Toledo. Les estorbó a los del Alcázar, porque en ella se encontraban milicianos de la República, y «limpiaron» el barrio entero, destruyendo en unas horas las páginas más hermosas de toda la arquitectura toledana.

Al sublevarse esta guarnición, los guardias civiles fueron vencidos por el pueblo en armas. Después de un sangriento combate, en el curso del cual los republicanos conquistaron la ciudad calle por calle, los traidores al régimen se refugiaron en el Alcázar. Si desde el primer día hubiese ejecutado el Gobierno una acción firme contra ellos, al cabo de una semana habría desaparecido el problema. Pero peligraban los monumentos históricos más preciados de España, y, además, había allí, junto con los traidores, mujeres y niños. ¡Qué diferente conducta siguieron luego los militares perjuros! En cuanto dispusieron de explosivos, les faltó tiempo para arrasar pueblos enteros. ¡Ni los tesoros artísticos, ni la riqueza, ni siquiera el elemental sentimiento de amor hacia los niños!

### LA ELEGANCIA DEL PUEBLO MADRILEÑO

Yo he vivido unos días madrileños que no volverán a producirse nunca. Todos los países, en instantes de convulsiones internas, han pasado por esos momentos, fugaces siempre para la historia, en que se rompen los diques sociales y hay un desbordamiento de pasiones imposible de controlar, mientras no se restaura la autoridad y la disciplina. España pasó por ellos después del 20 de julio. El peor crimen de los militares rebeldes fué haber provocado una situación de verdadero caos, al dirigir sus armas contra los organismos cuya defensa y protección les estaba confiada. Aterra pensar lo que pudo haber ocurrido en Madrid, si no se hubiera dado el magnífico espectáculo de cordura y sensatez ofrecido por un pueblo culto, elegante y generoso, incapaz de inclinarse al cultivo de las villanías.

¡Con qué elegancia espiritual reaccionó ante las posibilidades de libertinaje que los rebeldes le ofrecían! Fué el primero, antes que el Gobierno lo decretase, en

(Continuará)